

La comida del emperador Carlos V en el cenobio de Yuste

Brac, 117 (313-314) 1989

Por Valeriano GUTIERREZ MACIAS

(ACADEMICO CORRESPONDIENTE)

Nacido en Gante, hijo de Felipe, el **Hermoso**, y Juana la **Loca**, Carlos I de Castilla y V del Sacro Romano Imperio Germánico, al venir a España se rodeó de flamencos, lo que originó el levantamiento de las comunidades castellanas. Francisco I de Francia, a quien hizo prisionero en la batalla de Pavía (1525) le disputó constantemente el trono de Alemania y el dominio de Italia.

Carlos V, el César de Occidente, el vencedor de Müalberg, el de las grandes empresas militares, el de la **Universitas christiana**, hoy tan honrado por la Asociación de Caballeros del Imperial Monasterio de Yuste, abdicó en manos de su hijo Felipe II al retirarse al llamado, por el insigne novelista Pedro Antonio de Alarcón, solemne y solitario monasterio de Yuste, que recuerda a los hermanos de la Pobre Vida y donde entregó su alma a Dios después de haber prestado magníficos servicios a la religión y a la patria.

Yuste, manso reposadero, como Unamuno dijo.

La permanencia en el cenobio yustino del emperador de dos mundos nos lleva a reflejar algunas curiosidades, que siempre interesan. Durante su estancia en la paradisíaca comarca de la Vera, a la que pertenece el monasterio de Yuste, Carlos V dejó muestras señeras que caracterizan su recia personalidad.

El emperador Carlos V gustaba del buen comer, entonando el paladar y el estómago con gran abundancia en su juventud y siendo ya viejo y achacoso, su mesa tenía una regia importancia, hasta el punto de que para el hombre de hoy resultaría asombrosa, pantagruélica la abundancia y variedad de los manjares, guisos, dulces, pasteles, licores y vinos que se ponían sobre la gran mesa del comedor carolino.

Cuentan las crónicas de la época que, ya en su retiro en el monasterio de Yuste, para cenar, los frailes Jerónimos le servían codornices de treinta y tres (la edad de Cristo) maneras distintas y tan bien servidas con unos vinos excelentes de la Vera.

Siguen diciendo las crónicas que Carlos V era muy madrugador y se levantaba cuando venía el alba. Seguidamente, tomaba una menestra de carnes de capón cocida con leche, formando una crema grasienta espolvoreada con azúcar y de varias especies, y que lo acompañaba con ricos vinos añejos.

Después dormía un poco más, hacía sus oraciones, oía Misa

y, a continuación, despachaba sus asuntos de gobierno, y al mediodía realizaba su almuerzo, que se componía de veinticinco platos.

Por la tarde, merendaba cualquier carne asada o pastel de pollo o perdiz, para dar tiempo a la comida común de Corte, que se celebraba a media noche a base de platos fuertes.

Don Carlos exigía que todas las comidas estuvieran aderezadas con bastantes especias, ya que se quejaba con frecuencia a Mayordomo de que los manjares estaban siempre poco picantes.

Luego, y por último, se retiraba a dormir, mas temiendo que durante la noche el estómago sufriera al haber comido poco, y las ganas y el placer de comer no le dejasen dormir, había dado órdenes de que en una mesa junto a la cama, se le preparase siempre y por si le hiciera falta un pisco-labis a ingerir a "media noche", compuesto de: un caldo, un pollo asado, dulce piña y una botella de buen vino de Málaga.

Todo ello era muy natural en la comida diaria del emperador, comía lo que le gustaba, por lo común, y lo hacía con elegancia y limpieza, sin incurrir en el pecado de gula, a juicio de los cronistas de la época; era un buen gastrónomo y sabía del arte de la cocina y discutía con sus cocineros en los grandes banquetes.